

Murcia

Mari Cases Martínez, 68 años.

Francisco Javier Molero Madrid, 25 años.

DOS HISTORIAS Y UNA GRAN MUJER

(Voz bajita y resquebrajada por la agonía): “shhh, hijos míos, tenemos que hacer turnos y vigilar a papá para que no nos deje solos para siempre”...

De repente, una tenue pero persistente luz azulada intermitente reclama mi atención en la zona inferior del monitor de mi ordenador. Un nuevo mensaje en la bandeja de entrada del buzón de correo con título: Concurso THC y una frase en negrita: Mari Cases Martínez, de 68 años. Si hubiese detenido mi pupila en la última letra del nombre de la que iba a ser mi pareja en esta hermosa experiencia, probablemente hubiese pensado que habían cometido un error asignándome a una adolescente; y eso resultó ser realmente.

La calma tras la tempestad precede a la más cruel de las tormentas, como si el ojo de un huracán pasara sobre nosotros yuviésemos solo unos instantes para hacer algo maravilloso. Así nació Mari un 5 de septiembre de 1939, dejando atrás una vergonzosa Guerra Civil y mirando de cerca, ya sin necesidad de usar sus gafas, una nueva e incomprensible Guerra Mundial.

No muy lejos de allí, tres años antes y en mitad de la tempestad, nacía un chico tímido, de ojos brillantes, que nunca pudo entender por qué la vida le dio abuelas por padres, y por qué pesó sobre su ser una inmerecida sentencia de carencias afectivas que duraría 24 años. Sólo deseaba una mirada de su madre, una caricia sobre su mejilla que meciera las interminables noches de soledad, y que le susurrara al oído “tranquilo cielo, mamá está aquí” cuando alguna pena se apoderaba cruelmente de su alegría.

A nueve números de distancia se redujeron los 50 kilómetros que me separan de Pilar, mi novia y fiel compañera de aventuras culturales. No hizo falta ni una sola palabra, el sonido de una leve espiración nasal atravesó el micrófono del teléfono encubriendo, en la más preciosa de las sonrisas, el presagio de un nuevo y emocionante episodio de nuestra interminable historia de amor.

Recibida mi inyección de moral y complicidad, me encaminé algo nervioso pero decidido hacia mi teléfono móvil. De nuevo nueve números de distancia. Pensé por un instante que en este caso 50 kilómetros hubiese sido un trayecto inmensamente más corto. Mi corazón se acelera con cada tono hasta que una voz al otro lado del teléfono los interrumpe: “¿sí?”... Jamás hubiera podido imaginar que esas dos letras pudiesen transmitir tanta fuerza y tanta vitalidad entre dos signos de interrogación.

La infancia de Mari, como las infancias de muchas personas de su época, resulta una aparente paradoja imposible en nuestra actualidad: penurias económicas que comulgan extrañamente con serenidad y tranquilidad; y un régimen totalitario que priva derechos y libertades ofreciendo, figuradamente, gran inmunidad social. “En la época de la posguerra había mucha más seguridad y confianza. Antes podía dejar abierta la puerta de casa sin miedo ninguno. Pasábamos necesidad, pero no hambre, y jamás nos cambiábamos de acera para evitar al vecino (sonríe Mari). Ahora se vive muchísimo mejor”.

El mar Mediterráneo fue testigo de excepción del nacimiento de un nuevo amor. El inconfundible chico tímido de los ojos brillantes, mantiene intactas las cualidades que le vieron nacer, como si estuvieran impresas con letras de oro en su código genético, y que con seguridad le acompañarán hasta el final de sus días. “Me cuesta mucho entrar al trapo, pero cuando entro, me salgo del trapo” comenta Juan mientras esboza una amplia sonrisa. Todo marchaba de película: la chica perfecta, el lugar perfecto...pero el momento menos propicio, y es que en aquella época, cuando el servicio militar llamaba a tus puertas, era mejor abrirlas de buen grado. “Los trenes pasan sólo una vez” era la frase incipiente que retumbaba sin cesar en el interior de la cabeza del chico tímido durante su exilio. Al tiempo, salido de la nada, un polizón de Almería intenta embarcar en el corazón de Mari.